

Viene de la página anterior

«Esto es como un matrimonio mal avenido que no se puede divorciar: Los dos cónyuges se llevan mal pero tienen que vivir en la misma casa». Así se expresaba Amable, la esposa del alcalde pedáneo de Villandio, una pequeña aldea minera a pocos kilómetros de Turón, y resumía en el símil matrimonial lo que ha sido y es estos días el sentir de todo el pueblo en el litigio que han mantenido con el cura de la parroquia, Vicente Bernardo. Villandio es un pueblo de fieles católicos, la mayor parte de ellos practicantes, pero que no quiere al párroco que le ha tocado en suerte. «Tenemos que convivir en la misma iglesia, pero no nos podemos reconciliar».

A una semana de la celebración de la fiesta de San Blas, cuya misa los vecinos se negaron a que oficiara el párroco titular de San Andrés, demarcación en la que se incluye Villandio, los ecos de la polémica se han disipado en el pueblo. Ahora queda un año por delante para poder solucionar a tiempo el problema. Un problema sobre el que todos los vecinos se muestran solidarios y coinciden en señalar que no tiene ningún trasfondo político o antirreligioso. ¿A qué responde entonces? Hay que remontarse un año y recordar las tensiones surgidas a raíz de la última celebración del patrono San Blas. Pero ya antes se habían detectado algunos síntomas que indicaban que las cosas entre el pueblo y su párroco no marchaban bien. El sentimiento colectivo de orgullo y honor de este pueblo minero de lo alto del valle del río Turón, se reveló contra determinadas actitudes del párroco. Resultado: una solidaria oposición hacia la persona de Vicente Bernardo, que no hacía la religión como los vecinos se encargaron de apuntillar.

Tierra de mineros

No sin cierto disgusto, Villandio admite que su nombre haya dado la vuelta a Asturias por ser protagonista de este peculiar conflicto religioso. Casi en la ladera del monte Espines, el pueblo se alza sobre el río Turón, en una espectacular pendiente. Tierra de mineros, el propio subsuelo está horadado por galerías. La minería, que da de vivir a la aldea, también cobra su tributo y los corrimientos de las grandes vetas de carbón rasgan el firme de algunas casas del poblado. Es más, la propia capilla de San Blas, que antaño el pueblo cuidaba con esmero, está inservible por los perjuicios que en el subsuelo le ha causado la actividad minera.

Cuando se llega a San Andrés, parroquia a la que pertenece Villandio, un cartel ribeteado de rojo con grandes letras azules anuncia «prudencia» y comunica la delimitación del término geográfico. Unos metros más allá está la iglesia de esta parroquia que regenta Vicente Bernardo. Y siguiendo en el recorrido por la carretera que conduce, en su final, a Sama y Villoria, otro rótulo, como el anterior de fabricación casera, señala la desviación a Villandio. En la pared escarpada de la montaña por la que asciende la carretera, aún no se ha borrado una pintada electoral que pregonaba el voto al Movimiento Comunista de Asturias. Nada significativo de la ideología de un pueblo que se confiesa cien por ciento católico.

Dos bares, únicas distracciones

Ramón González, alcalde pedáneo, se presentó en las primeras elecciones municipales, en las listas de Alianza Popular, al Ayuntamiento de Mieres. No obtuvo los votos necesarios para ser concejal y ahora, según los vecinos, no tiene adscripción política alguna. El y los jóvenes del pueblo, en su mayor parte integrantes de la comisión de fiestas, han sido los portavoces de Villandio en la polémica. Apenas a quinientos metros de la carretera que va de Turón a Sama aparecen las cuarenta casas que integran el poblado, con unos ciento cincuenta vecinos. Las únicas distracciones de Villandio son sus dos bares, que además están situados puerta con puerta. Sólo el bar de Firme permanece abierto todo el día, en una casa antigua, de anchísimos muros y tenue iluminación. La puerta siguiente es la del otro bar, el de su cuñado, que por las mañanas permanece cerrada porque el dueño está en el monte, atendiendo el ganado.

El bar de Firme lo regenta Amada, la chigrera. Sale de la cocina a la barra y escasa compañía tiene. Sólo se alegra el ambiente cuando salen los primeros relevos de la mina y los hombres de Villandio regresan a sus casas. Entonces se empiezan a formar las tertulias y cuando cae la tarde se juegan con arrebatos las primeras partidas de tute. Amada, la chigrera, desde su ventana, conversa con Avelino, un minero jubilado con unos increíbles 81 años. Lluve en esta tranquila y bucólica aldea, y los que no están en el pozo Santa Bárbara o en Minas de Figaredo se apuran con el ganado y realizan las pocas tareas que el tiempo meteorológico les permite.

El trabajo colectivo

Hoy, en Villandio, ya no es como antes, cuando el trabajo colectivo era casi una razón inexcusable de pura supervivencia. Avelino, a sus 81 años, recuerda vagamente las historias que escuchó de joven, cuando en Villandio sólo había vaquerías y los propietarios se juntaban para realizar conjuntamente numerosas faenas ganaderas. La hoy casi derruida capilla de San Blas era centro de reunión del pueblo, que se congregaba al toque de la campana. El tiempo no ha borrado ese sentido de la solidaridad y los vecinos, por lo general, se muestran muy unidos para afrontar cualquier tipo de obra o problema: juntos realizaron el saneamiento del pueblo, trazando la red de alcantarillado, y asfaltaron —encementaron en algunos metros— la carretera que les da acceso.

La minería, principal fuente de ingresos de todas las familias, es compatible con actividades agrarias: un pequeño huerto y varias cabezas de ganado.

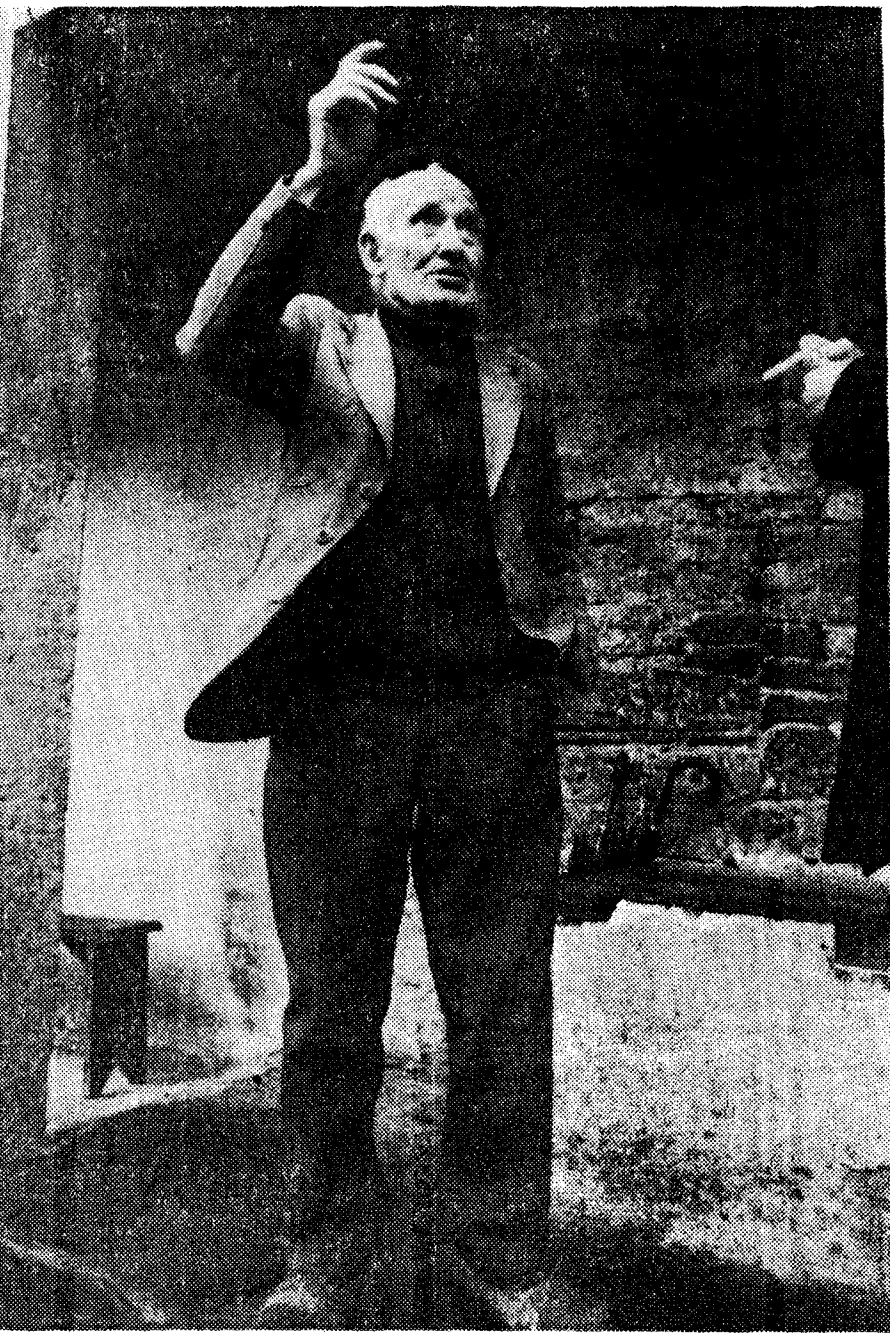
No son demasiado explícitos los vecinos de Villandio a la hora de hablar de su problema con el cura de San Andrés. Avelino Díaz, con una salud envidiable «después de cuarenta y cinco años y ochos meses trabajando en la mina», a sus 81 años es el hombre más viejo del lugar y cuando se le pregunta por el problema cita a un abuelo suyo que siempre decía: «Contra el Rey y la Inquisición, chitón» Pero, a pesar de esto, nadie oculta la satisfacción por la, al fin, celebrada misa. Los vecinos estaban dispuestos a renunciar a la clásica celebración del patrono y sustituir la liturgia por un rosario. Fueron cinco veces al Arzobispado para solucionar el problema y aún veinticuatro horas antes de la fiesta y tras la visita del obispo auxiliar de Oviedo, José Sánchez, no se había despejado la incógnita. Por fin, a petición del titular de la parroquia, Vicente Bernardo, Villandio pudo tener su misa de San Blas, que ofició el párroco de San Pedro de Mieres, Benigno Pérez Silva. Esta se celebró en la desusada escuela, donde tenían lugar todas las asambleas. «Otros eran los que hablaban —dice Avelino— pero todos asentíamos a lo que decían».

La chispa del conflicto

Y la comisión de festejos y el alcalde decían que el párroco de San Andrés no podía officiar la misa. El pueblo está ofendido con Vicente Bernardo porque cobró el año pasado cuatro mil pesetas por la misa de San Blas y luego



Muchas de las obras de Villandio han sido realizadas gracias al trabajo conjunto de todos los vecinos, como la red de saneamiento y el asfaltado de la carretera



Avelino Díaz, con ochenta y un años, trabajó cuarenta y cinco en la mina y aún conserva una envidiable salud



Amada, la chigrera, en la ventana de su establecimiento. Su bar y el de un cuñado suyo son las únicas distracciones del pueblo

quiso llevar a su parroquia la recaudación que se había obtenido de pasar el cepo el día de la fiesta del patrón. Este año, los villandiegos dejaron en el cepo 20.000 pesetas. Las rencillas comenzaron antes, con la capilla, por la poca atención que prestaba al edificio, según los vecinos.

«Nos sacó los bancos y llevó otras cosas para San Andrés. Menos mal que los santos los tenemos en la escuela», dice Amable, la esposa del alcalde pedáneo. Pero lo que hizo detonar la postura del pueblo fueron las posteriores acusaciones que realizó contra los jóvenes, en su mayor parte organizadores de la fiesta, a los que imputó «actos deshonestos». También otras homilias incitadoras, proclamadas al resto de los vecinos de la parroquia, para que no contribuyeran económicamente a la fiesta. «Los jóvenes no hacen nada malo —dice asomada a la ventana de su bar Amada—. Sólo iban a comer cordero por ahí, todos juntos de fiesta. Pero eso es normal, todos fuimos jóvenes y nos quisimos divertir».

Católicos cien por ciento

Pero la religiosidad del pueblo está por encima de las rencillas con el cura. «Nosotros con Dios no estábamos enfadados; no tienen nada que ver los problemas con el párroco». Algunos, especialmente los niños, bajan los domingos a misa a la propia iglesia de San Andrés, donde oficia Vicente Bernardo. Otros van a Turón o aprovechan las salidas para oír misa en otro lado. Amable, la mujer

del alcalde pedáneo, recuerda la tradición católica de Villandio, que tiene tres patronos: la Virgen de las Nieves, San José y San Blas. Hubo años en los que se conmemoraba a los tres y de todos se guardan imágenes en la escuela. Por mayo se organizaban ofrendas florales a la Virgen y aún rememora cómo no hace muchos años los misioneros despertaban al pueblo a las seis de la mañana al grito de: «Villandiegos, arriba, el santo rosario».

Ahora todos desean que, con tiempo suficiente, haya un acuerdo para la fiesta del próximo año. En esta edición se recaudaron 114.200 pesetas, todas con aportaciones de mil y dos mil pesetas de los vecinos. En el único lugar público, el bar de Firme, figura a mano la relación de todos los donantes. Pese a sentir que les querían boicotear la celebración, sacaron su fiesta adelante. La tranquilidad vuelve a reinar en Villandio y el tema del cura ya va dejando paso a otras tertulias. «Pero fue muy comentado, la gente no habló de otra cosa».

La tranquilidad de las mañanas de Villandio sólo la interrumpe el camión del lechero o la furgoneta del panadero. Los jóvenes, unos treinta, bajan todos los días a otros núcleos de la comarca. El que no estudia procura ganarse la vida trabajando. Los más pequeños van al colegio de La Veguina, una concentración escolar próxima. Los mayores, al Instituto de Turón. Por las mañanas, en Villandio, excepto los mineros que tienen relevo por la

tarde o por la noche, sólo quedan las mujeres, los viejos y los jubilados. Algunos de ellos, personas aún jóvenes, que tuvieron que abandonar la mina por lesiones graves y silicosis.

Los bares de Firme y su cuñado son sus puntos de reunión. La cita, a partir de las doce de la mañana, para empalmar con la tarde, en que transcurren memorables partidas de tute, a las que la mayor parte de los hombres son muy aficionados. El bar de Firme tenía, hasta este año, un único teléfono que había en la zona. La tranquilidad de Villandio sólo se interrumpe en las mañanas por los vecinos que suben sus vacas al monte y los arrieros que pasan con sus repartos de carbón. Hoy, prácticamente la mayor parte de las familias tienen coche. Los domingos y días festivos, muchos salen de la aldea a los mayores núcleos próximos, como Turón o Mieres. Sólo los ancianos, como Avelino o Milagros, la madre de la mujer del alcalde, que con 92 años, es la persona más vieja de Villandio, se aferran al terruño. Milagros, que aún tiene fuerzas para barrer el portal de su casa, se esconde cuando intentan sacarle una fotografía y no quiere comentar nada. Amable, su hija, la esposa del alcalde, vivió muy cerca la polémica «aunque yo no quiero meterme en nada». Pero Amable repite con cierta intuición que lo que pasa en Villandio es lo que le ocurre a dos cónyuges incompatibles que no se pueden divorciar.